

# ALGUNAS HIPÓTESIS PARA EL ESTUDIO DE LA RESISTENCIA CAMPESINA EN LA REGIÓN CENTRAL DE COLOMBIA. SIGLO XIX

**Guiomar Dueñas Vargas**

*Profesora Asociada,  
Departamento de Historia,  
Universidad Nacional de Colombia.*

*Ha tenido centurias de miedo y sumisión, sus espaldas se han endurecido a los golpes su alma está tan quebrantada que no reconoce su propia degradación. Se le puede golpear, dejarlo morir de hambre y desposeerlo de todo, antes de que él abandone su cautela y estupidez, su mente llena de toda clase de ideas turbias que ni siquiera puede comprender; y esto se prolongó hasta que la culminación de la injusticia y sufrimiento lo lanzó al cuello de su maestro como un animal doméstico enfurecido que hubiera sido víctima de demasiadas azotainas.<sup>1</sup>*

Las formas corrientes de resistencia entre los campesinos incluyen el disimulo, la lentitud en el ejercicio de sus tareas, el fingimiento de ignorancia, el hurto de pequeñas cosas y el sabotaje. Otras formas de acción campesina comprende los desafíos a la usurpación de sus asentamientos por empresarios de tierras. A través de estas formas de resistencia los campesinos prepararon el escenario para el desarrollo de la conciencia de clase campesina en épocas posteriores.

<sup>1</sup> Emile Zolá, *The Earth*, citado por James Scott en *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*. (New Haven: Yale University Press, 1985) p. 37.

La historiografía colombiana ha subestimado la importancia de los campesinos en el Siglo XIX en la región Central colombiana debido posiblemente al reducido número de revueltas rurales, hecho que contrasta con la atención que se ha puesto en el estudio de los levantamientos campesinos del siglo XX.

Una razón que puede explicar parcialmente la escasa atención a la rebeldía campesina es la ausencia de fuentes primarias que describan la vida de los habitantes rurales. Debido a que los historiadores utilizan principalmente documentos escritos, los instrumentos a su alcance para develar las formas anónimas de lucha, que tipifica la acción campesina, son prácticamente inexistentes. Los campesinos eran analfabetas, y al parecer no tenían voz; no existe literatura escrita por ellos ni para ellos. De esta manera se ha perpetuado la imagen forjada por observadores como Emile Zolá, quien los describía o bien enteramente pasivos o furiosamente violentos. Otros, reconociendo la dificultad de descubrir a los campesinos, han eludido el tema por completo.<sup>2</sup>

Si los campesinos como agentes históricos no han sido una preocupación central de los especialistas, ellos han sido discutidos desde la periferia, en el contexto de la escena agraria. Los asentamientos campesinos en la región antioqueña fueron tema central entre los pioneros de la historia regional en los años sesenta; desde entonces la región ha sido privilegiada en la agenda de los historiadores.<sup>3</sup>

La investigación sobre la lucha social de la población rural ha tomado como punto de partida las transformaciones agrarias de los años 1920 y 1930; los estudios se han centrado en la dislocación de la sociedad rural con el advenimiento de formas capitalistas de producción en Colombia. Algunos autores no obstante, reconociendo la naturaleza histórica de las acciones campesinas han buscado su origen en el carácter de las instituciones coloniales y republicanas (Darío Fajardo, 1981 Salomón Kalmanovitz, 1979). Jesús Antonio Bejarano, cuestionando la validez de lo 'institucional' como explicación adecuada para entender la evolución de la sociedad rural colombiana, llama la atención sobre la prioridad de las variables sociales

<sup>2</sup> Para una evidencia de la carencia de atención sobre la identidad campesina, o la presencia campesina durante el siglo pasado, vea *Aspectos Polémicos de la Historia Colombiana del Siglo XIX*, (Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1983), en el que Frank Safford dice, por ejemplo que él estudió el papel político de las élites del Siglo XX porque era más fácil encontrar información sobre ellas que sobre los sectores populares. El mismo autor también señala el carácter estático del mundo agrario en oposición a los constantes cambios que la ciudad experimentaban, pp. 165-170.

<sup>3</sup> Los estudios históricos sobre asentamientos y café se han centrado en el área de colonización antioqueña. Después de un estudio pionero de James Parsons *Antioqueño Colonization of Western Colombia* (Berkeley, 1949), se ha producido un verdadero boom de estudios sobre la región. Entre los trabajos más influyentes están: Marco Palacios *El Café en Colombia, 1870-1970: Una historia social, económica y política*. Segunda edición (México y Bogotá, 1983). Mariano Arango, *Café e Industria. 1850-1930* (Bogotá, 1977). Alvaro López Toro, *Migración y cambio social en Antioquia durante el Siglo diez y nueve* (Bogotá, 1977) y Christie Keith, *Oligarcas, campesinos y política en Colombia: Aspectos de la historia socio-política de la frontera antioqueña* (Bogotá, 1986).

y económicas para la comprensión histórica de la cuestión agraria. Fals Borda, por otro lado desde una perspectiva menos ortodoxa y prescindiendo de los cánones metodológicos establecidos ha introducido el tema de los campesinos y de las formas de resistencia campesina en la Costa colombiana. Sus trabajos anteriores sobre los campesinos en Boyacá constituyen un punto de partida necesario para cualquier investigación sobre conciencia y resistencia de los trabajadores del agro. Los trabajos de Catherine LeGrand se centran más directamente sobre formas concretas de protesta campesina en zonas de colonización, desde mediados del siglo pasado, que anteceden y modelan las rebeliones ampliadas que ocurren en los años 1920 y 1930<sup>4</sup>. Su trabajo es de gran interés por que es un intento exitoso de redescubrir al campesino como agente de su propia historia.

## 1. LAS REVOLUCIONES CAMPESINAS: UN BALANCE NEGATIVO

El balance de los resultados de las guerras campesinas en la historia moderna es sombrío. La violencia campesina latinoamericana se presenta en la literatura social como un fenómeno del siglo XX asociado al avance destructivo de las formas económicas y valores del capitalismo, y como una inflamada reacción en defensa de intereses económicos vulnerados. Este carácter defensivo no implica un cambio de valores o metas que tienda a transformar radicalmente la sociedad en que viven. No hay proyecto nuevo, solo se lucha por objetivos concretos: la tierra y el control de los productos.

Se dice que las guerras de campesinos han ocurrido no por su propia iniciativa sino por la influencia de factores externos que permiten superar temporalmente su falta de conciencia y su parroquialismo natural.<sup>5</sup> Y en última instancia, y a pesar de que las revueltas campesinas han sido el ingrediente insurreccional crucial en la conformación del mundo moderno, no se ha creado un espacio de mayor participación política para los campesinos. Pareciera que ellos salen a la luz, en forma desordenada e incoherente, en momentos en que su presencia resulta crucial, para luego

<sup>4</sup>. Remítase a Darío Fajardo, *Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia, 1920-1980*, (Bogotá: Fundación Friedrich Nauman, s.f.). Salomón Kalmanovitz, "El régimen agrario durante el Siglo XIX en Colombia" en *Manual de Historia* (Bogotá: COLCULTURA, Vol II, 1979). Jesús Antonio Bejarano, "Campesinado, luchas agrarias e historia social: Notas para un balance historiográfico" en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, No. II, 1983) pp.251-304. Orlando Fals Borda *Resistencia en el San Jorge* ; 11. (Bogotá, 1984), *Retorno a la Tierra* (Bogotá, 1987) y *El Hombre y la tierra en Boyacá* (Bogotá: 1957). Catherine LeGrand, *Frontier Expansion and Peasant Protest in Colombia, 1850-1936* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1986).

<sup>5</sup>. Eduardo P. Archetti, *Campesinado y estructuras agrarias en América Latina* (Quito: CEPLAES, 1981), p. 33. Eric R Wolf, *Las luchas campesinas del siglo XX*, (México: Siglo veintiuno editores, s. a., 1972). Barrington Moore Jr. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, (New York: Penguin Books, 1966). Theda Skocpol, *States and Social Revolutions: A comparative Analysis of France, Russia and China*, (New York: Cambridge University Press, 1979).

retomar los hilos del pasado y seguir su vida de quietud y oscuridad. Su participación es espasmódica y los resultados en términos de mayor presencia política y bienestar económico son exiguos. Como observa Barrington Moore "¿ Qué significa modernización para el campesino más allá del hecho simple y brutal que tarde o temprano ellos serán sus víctimas? ".<sup>6</sup>

## **2. Los CAMPESINOS COMO "INICIADORES PERMANENTES" DE RELACIONES POLÍTICAS**

Voces disidentes que no aceptan esta visión pesimista se han dejado oír. Se cuestiona particularmente el carácter reaccionario y parroquial del campesino. De acuerdo con Steve Stern, esta actitud que parece ser solo una tendencia, ha adquirido el carácter de lo esencial, el rasgo básico de la naturaleza campesina. El autor a propósito del mundo andino propone la necesidad de establecer nuevos paradigmas para explicar más adecuadamente el significado histórico de los campesinos: su papel como "iniciadores permanentes" de relaciones políticas, la selección de marcos temporales apropiados en el estudio de la rebelión, la diversidad de la conciencia campesina, y el significado de los factores étnicos.<sup>7</sup> A su vez, James Scott considera necesario enfocar el descontento campesino desde la más prosaica pero duradera lucha cotidiana, contra aquellos que los explotan.<sup>8</sup> Mi intención con este ensayo es por un lado, explicar las causas que obstaculizaron la rebelión organizada de los campesinos andinos en el siglo pasado, y por otro, indicar que una lectura diferente de la literatura histórica sobre los campesinos del siglo XIX, permite detectar formas de resistencia permanente que dieron lugar a cierto juego político frente a condiciones adversas, y la formación de una conciencia campesina que se expresará en forma contundente en el siglo XX.

El énfasis sobre el carácter reciente de los movimientos revolucionarios ha introducido una dicotomía cuestionable en el caso colombiano. En el siglo XX, por resortes externos, el mundo campesino ha despertado a la violencia en forma abrupta. Los campesinos, antes sumisos y pasivos, ajenos al mundo exterior, incapaces de acciones concertadas y empujados por agentes externos, irrumpen violentamente al mundo moderno. Esta visión un tanto miope de la participación campesina es el producto de reducir su acción política a los momentos más dramáticos y estelares: el

<sup>6</sup> Barrington Moore Jr. *Socio/ Origins...*pA67.

<sup>7</sup> Steve Stern, *Resistance, Rebellion, and Consóousness in the Andean Peasant World, 18tk to 20th Centuries.* (The University of Wisconsin Press, ) p. 9.

<sup>8</sup> James C. Scott, *The Weapons of the weak. Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven: Yale University Press, 1985).

momento de la confrontación directa. Pareciera que en los períodos normales, el campesino volviera a la apatía y sumisión que aparentemente le son propios. El rescate del papel histórico de los campesinos se plantearía a través de su estudio en épocas de calma donde las condiciones de explotación adquieren también el carácter de lo cotidiano.

### **3. HIPÓTESIS SOBRE LA ESCASEZ DE REBELIONES EN COLOMBIA DURANTE EL SIGLO PASADO**

¿Cómo explicar la escasez de rebeliones campesinas en el escenario de la Colombia Central durante el siglo pasado? dice Barrington Moore que unas sociedades son más vulnerables a la revueltas que otras, pero lo que hace a unas sociedades más inclinadas a rebelarse se debe buscar en el conjunto de factores estructurales que articulados en cierta forma producen las condiciones ideales de organización colectiva contra las fuerzas de la opresión. Ciertamente, hay elementos de injusticia en el siglo XK, y la respuesta de los campesinos no se hace esperar, es una respuesta silenciosa pero fastidiosa para capataces y dueños, como lo veremos mas adelante; lo que me interesa dilucidar aquí es por qué no se producen rebeliones abiertas contra las élites agrarias. Theda Skocpol, en relación con las circunstancias propicias para las revueltas campesinas descarta las motivaciones puramente materiales, señalando que los campesinos siempre han tenido razones suficientes para sublevarse pero no siempre lo han hecho. Propone en cambio analizar los factores de índole estructural que afectan: a) El grado de solidaridad de las comunidades campesinas, b) El grado de autonomía de la supervisión diaria de los agentes de los señores de la tierra y c) La capacidad coercitiva del estado frente a las acciones subversivas de los de abajo. Veamos cuáles son las condiciones estructurales que permiten la solidaridad y autonomía campesina en la región Central.

#### **A. FACTORES ADVERSOS A LA SOLIDARIDAD CAMPESINA**

El modelo de la autora resulta muy sugestivo para analizar nuestro caso en la medida que permite reflexionar sobre aspectos de la vida social rural como la composición étnica, que han sido analizados superficialmente. Uno de los rasgos peculiares en la conformación del campesinado de la región Central es su origen étnico múltiple. En efecto, se forma el campesinado, a) A través de la descomposición de las comunidades indígenas, fenómeno que se venía presentando desde los primeros años de la Colonia y que se acentúa durante los siglos XVIII y XIX. Fals Borda por ejemplo, anota que en Boyacá los indios dejaban sus resguardos para buscar trabajo en las tierras de blancos (las haciendas) mientras que blancos y mestizos

invadían las tierras de comunidades. La Corona española había fracasado estruendosamente en sus intentos de separación de las etnias. Es así que los pueblos de blancos estaban despoblados y los resguardos estaban llenos de blancos y mestizos<sup>9</sup>. El proceso de descomposición de los resguardos no era solo el resultado de la disminución de la población indígena, sino de la necesidad de la población nativa de buscar trabajo en las haciendas vecinas para cumplir con el tributo exigido. Así pues, contra lo que se afirmaba hace unas décadas, la presión contra las tierras comunales no siempre provenía de las haciendas vecinas hambrientas de tierras y trabajadores, y el conflicto no era siempre entre los dueños de grandes estancias contra los indígenas; más bien el conflicto tenía carácter interno y estaba constituido por la presión que ejercían los mestizos, y blancos pobres sobre las tierras de indios. Se han discutido pues las consecuencias perniciosas de la abolición de las tierras comunales en aras de la ampliación de las haciendas y de la necesidad de vincular a los indios al trabajo en ellas. No obstante, pocos han estudiado el conflicto étnico en torno a la utilización de tierras comunales. Con el incremento de la población mestiza la necesidad de tierras crecía. El gobierno colonial no había contemplado la provisión de tierras para las castas y blancos pobres y por eso, la invasión legal o ilegal a las tierras de indios fue un hecho generalizado.<sup>10</sup> b) A través de la migración de grupos mestizos provenientes de las ciudades cercanas y que se vinculan a las haciendas en calidad de arrendatarios, o que van a constituir una capa importante de parcelarios libres.<sup>11</sup> En este sentido, y con relación a los campesinos de Boyacá, Fals Borda insiste en la prevalencia de vecinos de sectores medios y bajos y "libres de toda servidumbre" en las zonas rurales.<sup>12</sup> c) Finalmente, una vía importante en la formación del campesinado está asociada con la ocupación de tierras baldías en tierras de vertiente, en áreas marginales a los centros de producción y de consumo. En resumen se puede decir que el rasgo más visible en la composición del campesinado es su diversidad racial. Este factor se constituye en un obstáculo para la insurgencia campesina como veremos a continuación.

El grado de solidaridad de las comunidades campesinas hace referencia necesaria a su composición étnica. En las comunidades de origen indígena la existencia de elementos de cohesión interna, de autonomía económica, y de integridad simbólica las provee de elementos más eficaces para la confrontación. En efecto, la existencia de instituciones comunitarias con funciones económicas de alcance colectivo, la fuerza de la reciprocidad, la

<sup>9</sup> Orlando Fals Borda, *El hombre...* p. 83.

<sup>10</sup> Remítase a Jorge Orlando Meló, "Cuánta tierra necesita un indio?", en *Sobre Historia y Política* (Bogotá: La Carreta, 1979) para una interesante discusión sobre la disolución de los resguardos.

<sup>11</sup> Jesús Antonio Bejarano, "Campesinado, luchas agrarias e historia social." pp 260-261.

<sup>12</sup> Orlando Fals Borda, *El hombre y la tierra...* p.85.

capacidad de percibirse como distintos del grupo que los explota, y su sincretismo religioso los coloca en una situación ventajosa frente a los grupos mestizos, que se hallan en búsqueda de identidad cultural y de un espacio económico legítimo. El conflicto en ambos casos se produce, pero mientras en los grupos indígenas la lucha es por la defensa de la tradición frente a un estado modernizante invasor, entre los grupos mestizos el conflicto se vuelve interno y local.

En reciente artículo la historiadora Brooke Larson, a propósito de la necesidad de analizar los factores étnicos y regionales en la historia andina, para un cabal entendimiento de la "economía moral",<sup>13</sup> contrasta los ejemplos de las comunidades indígenas de Chayanta, estudiadas por Tristán Platt, y las comunidades de Cochabamba. En el primer caso, frente a los intentos del gobierno boliviano de integrarlas comunidades al estado moderno, lesionando la tenencia comunal de tierra, aboliendo el tributo indígena y acabando con el orden social tradicional, se levantaron en abierta confrontación en defensa de su "economía moral". La eficacia de la protesta de Chayanta obstaculizó los intentos del gobierno republicano de implantar un modelo económico que lesionaba los intereses de las comunidades nativas. El caso de Cochabamba es contrastante; allí desde la colonia, los pueblos de indios estaban al servicio del estado; durante el siglo XIX la desintegración cultural fue minando las comunidades indígenas al tiempo que las haciendas penetraban en sus territorios. Los conflictos internos dislocaban el orden social e ideológico y los hacía depender más del orden existente fuera de la comunidad. "En Cochabamba, los determinantes culturales y las expresiones de la economía étnica y moral fueron históricamente mucho más débiles".<sup>14</sup> El segundo ejemplo se asemeja al caso del mundo andino colombiano; la penetración de otras etnias en las comunidades indígenas, debilitó los lazos de cohesión y produjo enfrentamientos internos entre las etnias.

## B. AUTONOMÍA DE LOS CAMPESINOS DE LOS ANDES

Otras características de la estructura agraria andina de los Andes centrales colombianos permiten aclarar los grados de autonomía del campesinado. Señala Skocpol que los regímenes agrícolas donde prevalecen las grandes propiedades trabajadas por siervos o por trabajadores sin tierra son adversos a las rebeliones espontáneas de los campesinos, porque los trabajadores se encuentran divididos y sujetos a la constante y

<sup>13</sup> El concepto 'economía moral' hace referencia a las normas sociales, de reciprocidades y de creencias de las sociedades tradicionales. Concepto desarrollado por E.P. Thompson en "La Economía 'moral' de la multitud en la Inglaterra del Siglo XVIII". En E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y consciencia de clase. Segunda edición*, (Barcelona: Editorial Crítica, 1984), pp. 62-134.

<sup>14</sup> Brooke Larson "Explotación y Economía en los Andes del Sur", en *Historia Crítica*, No. 6 (Bogotá: Universidad de los Andes, 1992) p.97

directa supervisión de propietarios y capataces. Por el contrario en zonas donde prevalece la aparcería y donde la familia trabaja su propia tierra los trabajadores del agro son notoriamente más susceptibles a las revueltas.<sup>15</sup> El caso de las rebeliones mexicanas en el siglo pasado ilustraría bien esta hipótesis. Los trabajadores al interior de las haciendas y sujetos directamente al patrón fueron los grupos menos susceptibles de levantamientos; por el contrario, los habitantes rurales menos sujetos al control de las haciendas, pero afectados por las presiones de tierra o de trabajo estaban más dispuestos a rebelarse. Es evidente que fue necesaria la convergencia de otros elementos que agudizaran las condiciones de explotación, como el crecimiento demográfico, la presión por tierras tanto de campesinos como de hacendados, y la articulación de la economía con la agricultura de exportación, entre otros.

El modelo de Skocpol parece apropiado para explicar los efectos de la autonomía en la manifestación del descontento campesino de la Colombia Central. En los análisis corrientes se suele enfatizar el predominio de estructuras agrarias claramente polarizadas: la gran hacienda y la masa campesina; la prevalencia de relaciones semi-serviles o claramente serviles y la subyugación de los trabajadores rurales al orden establecido. No obstante, lo que refleja la lectura de autores del siglo pasado, y el balance que JA Bejarano hace del agro colombiano es la existencia de estructuras mixtas, que reflejan múltiples situaciones de producción y múltiples participantes sociales en el escenario agrícola Central: la dispersión de la población trabajadora, bien por efectos de la colonización de tierras de vertiente marginales a los centros de mayor actividad, bien por la acción de campesinos libres que se convierten en parcelarios es el rasgo más visible del escenario rural del siglo pasado.<sup>16</sup> Pero la dispersión se da al interior de las haciendas igualmente. En efecto, este aislamiento permitirá la formación de un campesinado parcelario cuando la producción cafetera se tome las haciendas del interior.<sup>17</sup>

La variedad es otro elemento que define la actividad rural. Variedad aún dentro de la economía de hacienda; como lo observa Bejarano, "Las haciendas colombianas se diferencian más por las variedades regionales que por cambios a través del tiempo".<sup>18</sup> Dentro de las haciendas prevalece el trabajo semi-servil, relación que perdurará hasta bien entrado el siglo XX.

<sup>15</sup> Theda Skocpol, *States and Social Revolution...* p. 116.

<sup>16</sup> Sobre la diversidad del paisaje rural andino, de sus gentes, y productos, información prolija se encuentra en algunos escritores del siglo pasado como Manuel Ancizar, *Peregrinación de Alpha* (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1984), Salvador Camacho Roldán, *Artículos Escogidos* (Bogotá: librería Colombiana, s.f). *Escritos Varios*, (Bogotá, 1892). Medardo Rivas, *Los Trabajadores de tierra caliente* (Bogotá, 1972). Para una lúcida discusión sobre aspectos de la diversidad campesina, remítase a Jesús Antonio Bejarano, "Campesinado, luchas agrarias..pp. 260-269).

<sup>17</sup> Jesús Antonio Bejarano, "Campesinado, luchas agrarias..." p. 264.

<sup>18</sup> Op.. Cit p. 264.

La diversidad y la dispersión pudieron haber sido factores que favorecieron cierto grado de autonomía de los campesinos del centro y por lo tanto habrían estimulado una actitud de rebeldía. No obstante esta dispersión no se asocia con una robusta economía campesina, vinculada al mercado y en franca oposición con los intereses mercantiles de los hacendados. Por lo tanto no hay una ostensible valorización de la tierra, tampoco un crecimiento demográfico que hubiese ocasionado asalto a tierras ya ocupadas. Prevalece en las zonas rurales una pobreza generalizada y una escasez de hombres y de productos. El descontento rural en muchas partes de América Latina en el siglo XIX parece estar asociado a la expansión de las haciendas a expensas de las aldeas campesinas estimulada por el crecimiento de la agricultura de exportación. Esto sumado a las propias demandas de tierra de la población campesina se habría constituido en un factor de permanente rebelión. En Colombia, por el contrario, la economía de exportación fue extraordinariamente modesta, y no alcanzó a transformar las viejas relaciones de producción y de trabajo. El asalto de las haciendas a las aldeas campesinas si se dio, no parece haber alterado en forma significativa el panorama rural. Si bien el atraso económico produjo un recrudescimiento de las relaciones semi-serviles y de las formas extra-económicas de sujeción, la ausencia de presión económica y demográfica sobre tierra y trabajo campesinos contribuye a la ausencia de brotes de rebelión colectiva.

### C. LA CAPACIDAD COERCITIVA DE LAS ÉLITES LOCALES

Por último, tendríamos que comprender la acción del aparato político y de las élites gobernantes en sus acciones coercitivas contra los campesinos. La ausencia del poder centralizador del estado que regule las relaciones sociales produce la fragmentación política que parece ser el signo del XIX; en forma simultánea, las élites agrarias se constituyen en las detentadoras del poder político local. Su poder se vuelve hegemónico ante la ausencia de una fuerza centralizadora, y se afianza aún en los niveles capilares de la sociedad a través de los gamonales y de los jefes políticos.<sup>19</sup>

Si el proceso de debilitamiento del estado y del afianzamiento de las élites hacendatarias fue un factor que favoreció la rebeldía campesina en regiones como México, en Colombia el literal remplazo del estado por las élites locales que controlaban el aparato fiscal y militar en un país donde la estructura geográfica dificultaba extraordinariamente las comunicacio-

<sup>19</sup> Darío Fajardo, *Haciendas, Campesinos y Políticas Agrarias en Colombia, 1920-1980*, (Bogotá: Fundación Friedrich Nauman, s.f.).

A propósito de las nefastas consecuencias que la federalización trajo al país, Miguel Samper decía: "En cada estado, caudillos infatuados o corrompidos se disputan el poder y mantienen la sociedad en perpetua lucha. Los estados hacen también por su cuenta los reclutamientos y las expropiaciones; contraen deudas y disponen de la propiedad y de la vida". En "La Miseria en Bogotá", en *Escritos Político-económicos*, (Bogotá, 1898), p. 56.

nes, tuvo el efecto de imponer un control coercitivo más eficaz que el estado central.

En resumen podemos decir que las condiciones de la estructura agraria y las peculiares condiciones de la vida política en el siglo pasado impidieron la solidaridad y la autonomía necesarias para la organización colectiva de los grupos campesinos en la región central del país.

Pero a pesar de que las condiciones estructurales impidieron una confrontación directa, de esto no se puede deducir la ausencia de percepción campesina de la injusticia y de implementación de formas de adaptación y resistencia que regularan las relaciones entre propietarios y trabajadores, impidiendo la expoliación despótica de los dueños de tierras y de sus agentes. Una lectura diferente de la literatura del siglo XIX permite identificar la resistencia anónima y recapturar el sentido del proceder de los actores rurales en ausencia de rebeliones organizadas. Hay tensiones étnicas, resistencia en las zonas de agricultura comercial, y franca protesta colectiva en zonas de colonización.

#### **4. CONFLICTOS ENTRE MESTIZOS E INDIOS Y HACENDADOS CRIOLLOS**

Como se señaló en páginas anteriores, los campesinos de la región central tienen en su mayoría un origen mestizo; para comprender su identidad y sus respuestas adaptativas es necesario discutir su herencia cultural chibcha y su proceso de adaptación durante la colonia.

La región Central, tema de este ensayo, fue la zona más valiosa del país hasta 1870 en términos de área cultivable y de comercio interregional. Esta zona era también la más densamente poblada desde tiempos precolombinos; de hecho, la existencia de abundante mano de obra se constituyó en una de las mayores atracciones de la región para el colonizador español. Instituciones coloniales como la encomienda y la hacienda florecieron en la región como resultado de la amplia oferta de mano de obra. Como era de esperarse, relaciones sociales paternalistas y una clara separación entre los grupos étnicos fue la norma de la interacción social en esta zona. En otras regiones, donde la escasez de población indígena impidió el surgimiento de la hacienda y de la encomienda, prevalecieron relaciones de menor desigualdad. El maltrato y abuso fueron más frecuentes en zonas de mayor densidad indígena. En forma similar, la población blanca que dependía del trabajo indígena, era más inclinada a despreciar a los nativos y a quejarse constantemente de la incapacidad de los indios para cooperar y disfrutar del trabajo. Aún después de la etapa de rápido mestizaje los campesinos recibían el mismo tratamiento peyorativo que la población indígena había recibido durante trescientos años de colonia. Es más, el

carácter mestizo de la población era considerado como una desventaja para el país; era una situación a la que había que resignarse pues no quedaba otra alternativa. Decía a este respecto el intelectual liberal, José María Samper:

*"...En las sociedades resultantes de la fusión de razas antagonistas o profundamente discordantes, ninguno puede alejar la fuerza de la sangre; ninguno puede pretender un predominio aristocrático que carecería de base y estaría sujeto al reproche permanente de la impureza de origen... allí las instituciones deben, tienen que reposar forzosamente en el principio democrático... [E]n resumen: la democracia es el gobierno natural de las sociedades mestizas. La sociedad hispano-colombiana, la más mestiza de cuantas habitan el globo ha tenido que ser democrática, a despecho de toda resistencia, y lo será siempre mientras subsistan las causas que han producido la 'promiscuidad etnológica', (subrayado en el original).<sup>20</sup>*

La evolución económica del período es un espacio para detectar la tremenda intolerancia étnica en la región central. La influencia de clase y etnia en la economía cafetera está bien documentada en la obra de Marco Palacios, *El café en Colombia*. En Antioquia y Santander, donde prevaleció una cierta homogeneidad racial y cultural, con prevalencia blanca, la economía cafetera descansaba sobre la aparcería, arreglo laboral que implicaba relaciones de trabajo de mayor autonomía para los campesinos y de cierta tolerancia social entre los dueños de las fincas y los campesinos. Mientras que en Cundinamarca y Tolima, regiones habitadas mayormente por indígenas y mestizos, el sistema de arrendamiento impuesto por los hacendados cafeteros era de naturaleza semi-servil. El color era un elemento cultural que acentuaba la explotación económica. Como lo anota Palacios, "...la tremenda disparidad étnica entre propietarios y los jornaleros y peones reforzó ideologías racistas entre los propietarios y sus administradores y capataces".<sup>21</sup> Los trabajadores de las haciendas, en su mayoría migrantes mestizos de las tierras altas de Cundinamarca y Boyacá, eran considerados como pertenecientes a una raza fea y degenerada; los mestizos de esta manera eran asimilados a la población indígena.<sup>22</sup>

El examen de los escritos de la época muestra que los terratenientes eran más inclinados a describir a los chibchas de Cundinamarca y Boyacá en forma más censurable que cuando se referían a grupos indígenas de

<sup>20</sup> José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y las condiciones sociales de las repúblicas colombianas* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f.) p. 78.

<sup>21</sup> Marco Palacios, *El café en Colombia*. ..p. 192.

<sup>22</sup> Op.cit p. 192

otras regiones que estaban fuera de su control. Un buen ejemplo de la imagen peyorativa que se tenía de la población chibcha nos la proporciona Camilo Pardo Umaña, quien los describe como "...hipócritas, taimados y maliciosos".<sup>23</sup> El autor nos presenta el llamado Código Chibcha, que, de acuerdo con él, era el código de honor de los indígenas de la Sabana de Bogotá:

*"Un indio estaba muriendo  
y a su hijo le aconsejaba:  
-Haz de saber hijo mío,  
que un bien con un mal se paga.  
Si fueres por un camino  
donde te dieran posada,  
róbate aunque sea un cuchillo  
y vete a la madrugada.  
Si algún blanco te mandare  
que le ensilles un caballo,  
déjale la cincha floja  
y aunque se lo lleve el diablo.  
Si algún negro te ocupare  
sírvele por interés:  
y lo que mande al derecho,  
procura hacerlo al revés.  
Estos consejos te doy  
por ser hijo de razón;  
si no lo hicieras así  
llevarás mi maldición".*<sup>24</sup>

El documento, escrito probablemente por un blanco o por un mestizo, sugiere imágenes mentales de las relaciones entre las etnias (los negros podían también ser víctimas de los indios). La élite blanca del Siglo XIX compartía los prejuicios de los españoles de la colonia. Aunque formalmente cuestionaban el orden jerárquico, en realidad ellos hicieron posible la preservación del orden social tradicional después de la Independencia. El 'Código Chibcha', muestra también una carencia de percepción de las relaciones entre las castas. Era improbable que un indígena estuviera en posición servil con respecto a un negro. Pero el documento también apunta a las posibles estrategias de retaliación contra los blancos. Probablemente estas formas de evidenciar inconformidad eran las únicas opciones a su alcance, en circunstancias en que el blanco seguía controlando su vida y bienes.

<sup>23</sup> Camilo Pardo Umaña, *Haciendas de la Sabana*, 2da. edición, (Kórolá, 1988) p. 54.

<sup>24</sup> Op.cit p.55.

Observaciones peyorativas semejantes cuando describe a la población Muisca se encuentra en la obra de José María Samper, arriba citada:

*Cierta impassibilidad que le hace indiferente a todas las emociones fuertes, una gran curiosidad con respecto de las cosas puramente materiales u exteriores, el espíritu de hospitalidad muy poco desarrollado y una incapacidad patente para obedecer alas impulsiones del progreso.*<sup>25</sup>

Samper no tenía mayores simpatías por los Muiscas; pocos rasgos positivos aparecen en su descripción. Para él, "los indios de los Andes tienen ojos fríos, una frente estúpida, y sus rostros no tienen ninguna expresión. El autor considera su devoción religiosa como un vicio: "...su sentimiento religioso es llevado hasta la idolatría y la superstición más grosera...";<sup>26</sup> y menciona uno de los rasgos más frecuentemente señalados cuando se describe a los indios: "la malicia disimulada".<sup>27</sup>

El uso de expresiones peyorativas entre las élites al referirse a las gentes que estaban a su servicio bien pudo haber sido una forma de liberar las frustraciones que les producían la incapacidad de controlar enteramente a sus subalternos. El terreno propicio para una lucha se establecía: porque los campesinos eran taimados y maliciosos, los patronos no podían confiar en ellos.

Los campesinos, aún bajo la más abyecta subordinación no estaban completamente sujetos a la voluntad de los patronos. La pasividad era el forcejeo quieto en contra del trabajo, y la sumisión y la "estupidez" era solamente una táctica necesaria en situaciones que proporcionaban a los campesinos muy pocos recursos para la reacción contundente.

Formas de acomodación y resistencia entre los habitantes de la Costa colombiana han sido estudiados por Fals Borda. Los mecanismos de supervivencia que "muchas veces se disfrazan de humor, de sarcasmo o de doblez" no eran más que adaptaciones frente a condiciones opresivas de la conquista y la colonización.<sup>28</sup>

Acciones colectivas de resistencia obstinada se pueden encontrar entre los campesinos de la región Central a comienzos del siglo XIX. Durante las guerras de Independencia las comunidades campesinas, particularmente

<sup>25</sup> José María Samper, *Ensayo sobre las revoluciones políticas y las condiciones sociales de las repúblicas colombianas* (Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, s.f.) p.317.

<sup>26</sup> *Opxit.* p.316.

<sup>27</sup> *Op.Cir.*p.316.

<sup>28</sup> Orlando Fals Borda, dedica buena parte de su libro. *Resistencia en El San Jorge* a estudiar las diversas formas de afirmación de la cultura popular costeña. El autor encuentra que a través de la Acomodación, de la Simbiosis, del Sincretismo Religioso y del Contrapoder y la Resistencia Armada, los sectores populares han combatido los intentos de sujeción de la cultura blanca.

aquellas en que el elemento indígena predominaba se resistieron a pelear en los bandos patriotas, ya que tenían sus propias preocupaciones sobre su futuro bajo la férula criolla. Cuando forzados participaban en los combates era frecuente la desertión o el cambio de bando, lo que pone en evidencia la convicción de que no estaban peleando su propia guerra. Los padres de la patria interpretaban esta actitud como una clara demostración de su ignorancia y cobardía. Dentro de las dislocaciones producidas por la Independencia, y cuando ocurrían expropiaciones de tierras, la acción colectiva no se hacía esperar. Como observa Ots Capdequi, refiriéndose a las acciones indígenas durante la Independencia, "La dramática lucha por defender las tierras de sus resguardos, constituye en estos años el hecho más destacado que agita convulsivamente no pocos pueblos y reducciones"<sup>29</sup>

## 5. CONFUCTOS EN LAS TIERRAS TABACALERAS

Más tarde, cuando la agricultura de exportación se extendió por las tierras bajas del Río Magdalena, las quejas sobre la poca confiabilidad de la mano de obra, se escucharon insistentemente entre los empresarios del tabaco. Quejas sobre pequeños robos, pereza e inconstancia en el trabajo eran constantes entre los grandes cultivadores de tabaco. En efecto, Medardo Rivas, refiriéndose al difícil arte de manejar trabajadores en Guarinocito, su finca tabacalera anotaba: "De los cosecheros, uno aborrece el cultivo del tabaco, se lamenta [n] siempre de las plagas que son en su lenguaje, la 'flotilla', el 'pulgón' y el 'dueño de tierras', y siendo su lema 'pocas matas y bien cuidadas' cumple con la primera parte y olvida la segunda".<sup>30</sup> Los cosecheros según anota Rivas, apelaban a todos los recursos a su alcance para esconder el tabaco; con el fraude y la astucia "lograban como cubileteros que el tabaco ya seco y preparado desapareciese como por encanto en el tránsito del caney a la casa de recibo".<sup>31</sup> Esta actitud hostil del cosechero con respecto a los dueños del tabaco, contrastaba con los hábitos de solidaridad y respeto que guardaba para con sus pares, según se deduce de la descripción que hace el autor del cultivador de tabaco. "El carácter de los habitantes de las riveras del Magdalena es elevado y altivo, y jamás un calentano se entraría a la platanera del vecino a robarle un racimo de maduros, ni falsearía una puerta para cometer un robo".<sup>32</sup>

<sup>29</sup> Citado por Salomón Kalmanovitz, en "El régimen Agrario..." p. 104.

<sup>30</sup> Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente* 2da. edición, (Kogotá, 1972) p. 222.

<sup>31</sup> *Op.Cit.p.22i.*

<sup>32</sup> *Op.Cit. p. 214.*

## 6. CONFLICTOS EN LAS HACIENDAS CAFETERAS

A finales de la década de los años 1860, cuando los cultivos de café se iniciaron en algunas áreas de la Colombia Central (Cundinamarca, Tolima y especialmente Santander), el aumento de mano de obra se constituyó en fuente de preocupación para los empresarios de café, quienes tuvieron que confrontar un campesinado no abiertamente desafiante pero ciertamente renuente a seguir los dictados de los cultivadores de café. La cooperación entre los trabajadores era difícil; ellos no ignoraban su poder de negociación frente a la escasez de mano de obra.

El cultivo del café en esas regiones se llevó a cabo en fincas de cierta extensión y la mano de obra estaba constituida por arrendatarios que plantaban café bajo la dirección del dueño o del administrador. Los arrendatarios como bien se sabe, podían cultivar productos para su subsistencia en lotes destinados para tal efecto, pero no podían cultivar su propio café. La mano de obra estaba formada en su gran mayoría, por migrantes provenientes de las tierras frías de Cundinamarca y Boyacá, áreas de fuerte tradición encomendil y de resguardo. Un recuento excelente del conflicto entre los dueños de cultivos y los campesinos en una finca cafetera, localizada en Sasaima se encuentra en el ensayo de Malcolm Deas sobre la hacienda Santa Bárbara.<sup>33</sup> El trabajo en dicha hacienda dependía de los arrendatarios, desde su fundación en el Siglo XVII, pero con la expansión del cultivo del café, durante la segunda mitad del Siglo XIX, los trabajadores eficientes escaseaban. La mayor preocupación de Cornelio Rubio, el leal administrador de Santa Bárbara, parece haber sido "primero, encontrar arrendatarios y segundo, conseguir que trabajen".<sup>34</sup> Rubio mantuvo una profusa correspondencia con Roberto Herrera Restrepo, el dueño de Santa Bárbara que vivía en Bogotá; gracias a su inclinación por escribir podemos vislumbrar las relaciones laborales complejas en una plantación dedicada a la producción de bienes exportables. En efecto, la exasperación que le causaba el manejo de los trabajadores se hace visible en algunas cartas:

*...De tener arrendatarios de esta clase es mejor no tenerlos pues no se cuenta con ellos y todos los días son exigencias, y si no se les da todo lo que quieren es un enemigo que se echa encima. Adrián Murcia, por casualidad viene cuando se le llama y Manuel Rodríguez viene cada vez que lo llamo, pero el pobre es tan pesado, que hay que sobrellevarlo porque siempre ha servido a la hacienda y es un hombre inofensivo...*<sup>35</sup>

<sup>33</sup> Malcolm Deas, "Una hacienda cafetera de Cundinamarca: Santa Bárbara (1870-1912)". *En Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. No.8 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1976)

<sup>34</sup> *Op.cit.* p. 78,

<sup>35</sup> *Op.Cit.* p. 82.

Los arrendatarios retaban al administrador y se empeñaban en prácticas laborales dilatorias como se hace evidente en apartes de la misma carta:

*Agustín Muñoz es el mismo que no ha querido servir en nada en la cosecha, so pretexto de la enfermedad de la mujer y hace tiempo que no viene a trabajar ni manda cafetera ni peón, ni sirve de nada absolutamente.... En la semana pasada no solo no vino a trabajar, sino que nos quitó a Teófilo Robayo y a Francisco García para que le trabajaran en sus huertas y no contento con esto, ha hecho potrero de sus animales el café que se rozó en Puente Nuevo, y el plátano que él mismo sembró con los... lo ha arruinado con sus bestias.<sup>36</sup>*

Pactar era la única alternativa al alcance de Rubio para asegurar la necesaria mano de obra en Santa Bárbara. El administrador tenía que proteger a sus trabajadores a pesar de la exasperación que le causaban. El desalajo era siempre perentorio, pero Rubio no podía darse el lujo de perder trabajadores ya que la competencia por mano de obra estaba siempre a la vuelta de la esquina.

Como es evidente en el ensayo de Deas, la técnica del 'tire y afloje' era un problema común en la mayoría de las fincas cafeteras de la región, de la misma forma en que lo había sido durante la bonanza tabacalera. Los dueños de las haciendas cafeteras de la región Central no podían vivir sin arrendatarios pero tampoco podían vivir en armonía con ellos.

Aunque la información sobre las estrategias campesinas es rica y sugestiva, Deas no vincula el declinar de la hacienda con la conflictiva situación laboral durante la bonanza cafetera. De acuerdo con el autor, fueron los factores externos los responsables de la extinción de la empresa. Los conflictos laborales, al parecer no fueron tan importantes.

Colocar estos brotes de resistencia dentro del marco de una conciencia campesina resulta inapropiado; más bien y como lo recomienda Mauricio Archila para el caso de los obreros, se debería pensar en que ellos son expresiones de la cultura popular, contra la cultura dominante.<sup>37</sup> Los mecanismos de rechazo de los campesinos y la crítica reiterativa al 'modo de ser de ellos' por parte de miembros de la élite dominante, solo evidencia la existencia de intereses opuestos y la expresión de estos antagonismos en forma dialéctica. Pero no solo los intereses en conflicto se presentan.

<sup>36</sup> *Op.Cjt.* p. 83.

<sup>37</sup> Mauricio Archila Neira *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910-1954* (Bogotá: CINEP, 1991) pp.26-7.

También hay relaciones de consenso entre los dos grupos. La reflexión de E.P. Thompson sobre la reciprocidad de la gentry-multitud explicaría bien las relaciones entre propietarios-campesinos en Colombia. Cada clase se encuentra prisionera de la otra. El paternalismo, pero también la tendencia a definir los actos de rebeldía como delitos, era la forma de las élites de interactuar con los campesinos. A su vez, las acciones "delictivas" de los campesinos eran formas de la comunidad agraria de defender su "economía moral", las prácticas de la costumbre. Como bien lo señala el autor citado, las relaciones entre gentry-comunidad, más que una reñida batalla entre fuerzas irreconciliables era la expresión de complejos elementos en un "campo de fuerza" societal.<sup>38</sup> En Colombia las relaciones eran tanto de compadrazgo y respeto a las patronos como de resistencia cuando se transpasaban los límites impuestos por la costumbre.

En este ensayo he sugerido que la escasez de levantamientos campesinos violentos durante el Siglo XIX en la región Central de Colombia no significó que los campesinos aceptaran pasivamente el dominio\* de las élites terratenientes, o del estado. Como se deduce de una lectura cuidadosa de la literatura histórica del siglo pasado, diversas formas de oposición campesina ocurrieron a lo largo de la centuria tanto en las haciendas donde predominaba la mano de obra arrendataria, como en las áreas de asentamiento de colonos, en las que se infiltraron empresarios de tierras en búsqueda de mano de obra. He explorado hipotéticamente, las formas cotidianas de resistencia campesina y de acciones colectivas a través del análisis de algunos ejemplos de la literatura histórica. Creo que estos actos eran esfuerzos válidos que buscaban rectificar las desigualdades de poder y riqueza y eran manifestaciones subjetivas de una cultura popular que conocía los conceptos de justicia e injusticia. El campesino de la región central actuaba en defensa de sus propios intereses en la forma en que podían: A través de la resistencia de cada día, cuando las circunstancias no le permitían el uso de otras vías. La resistencia cotidiana ayudó a los campesinos a desarrollar su conciencia de clase durante el Siglo XX.

<sup>38</sup> E.P. Thompson *Tradicón, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Segunda edición, (Barcelona: Editorial Crítica, 1984) pp.39-42.